



INTRODUCCIÓN. NO SÓLO IRAQ

La situación en Oriente Medio exige una posición clara y también una estrategia nueva para impedir que la semilla del mal del 11 de septiembre y la guerra de Iraq se extiendan fuera de todo control político y geográfico.

Hace ya cinco años que empezó la guerra de Iraq y siete la de Afganistán. En ambos países se ha alcanzado la máxima violencia en 2007. La Administración Bush ha cometido graves errores, tanto en su forma de reaccionar después del 11 de septiembre como con su ataque a Iraq sin el consentimiento de las NN UU, con los resultados trágicos y brutales de todos conocidos.

El 20 de marzo de 2003, después del ataque de EE UU a Iraq, Kofi Annan, enfurecido, estuvo a punto de dimitir. El motivo era claro; con la política de Washington, ni EE UU ni el mundo estaban más seguros. Los talibanes han vuelto a Afganistán, asimismo la producción de drogas duras crece y se extiende por todo el globo. Los ataques terroristas continúan sucediéndose en todo el mundo. Oriente Medio sigue en una situación muy insegura y países importantes como Pakistán están entrando en una gran inestabilidad.

Al mismo tiempo, todo apunta a que la época de la hegemonía occidental se está acabando. EE UU no es tan fuerte como antes, Rusia no es tan débil como era con Yelstin, y pocos preveían que la economía China crecería con tanto empuje.

Este libro es un testimonio personal y documental de estos importantes años al principio de este siglo, cuando los terroristas atacaron a EE UU y la reacción americana tuvo graves consecuencias



para el difícil panorama de las NN UU y para todos nosotros en un mundo tan interdependiente.

Por primera vez, se edita un resumen de las intensas discusiones entre los defensores de la guerra y los contrarios a ella en la reunión de embajadores de la UE en Nueva York entre finales de verano de 2002 hasta la invasión en marzo de 2003. El relato está basado en mis notas y recuerdos sobre el dramático desenlace de estos acontecimientos.

También expondré los rasgos principales del informe que envié a la ministra de Asuntos Exteriores de Suecia en agosto de 2004. «Cuatro años que sacudieron al mundo» era un informe secreto pero se repartió en la comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento.

He querido exponer y comentar cómo Suecia y la UE reaccionaron ante estos cambios en la política mundial, y he querido hacerlo como miembro de las NN UU y la UE y como ciudadano del mundo, además de como profesor invitado en la Universidad de Adelphi durante mi estancia en EE UU, en estos cinco años tan críticos, de 2000 a 2005. Mi objetivo es ofrecer una visión de las condiciones de la política internacional desde la sede de las NN UU y una valoración sobre la información que manejaban el gobierno y el Parlamento sueco, al igual que los otros gobiernos de la UE, antes y durante la guerra de Iraq, y de cómo se planteó esta difícil crisis en política exterior.

Es importante saber cómo nos situamos y reaccionamos en este momento como individuos y como nación y también como miembros de la UE y las NN UU. Y es importante no únicamente por la situación actual en Iraq y otras futuras situaciones parecidas, sino también para nosotros mismos. Por esto espero que se desarrolle una profunda discusión sobre nuestra actuación en Iraq y sobre la política de la UE y de Suecia delante de los desafíos actuales.

La guerra de Iraq no sólo afecta a Iraq.





I. DE LA PRIMAVERA DE LA ESPERANZA AL INVIERNO DE LA DESESPERACIÓN

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos derechos al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto.

CHARLES DICKENS

Con esta cita empecé el 28 de agosto de 2004 mi informe para Laila Freivalds, ministra de Asuntos Exteriores de Suecia, después de cuatro años en las NN UU.

La celebre introducción de Charles Dickens en *Historia de dos ciudades* (1859) reflejaba el ambiente después de la revolución francesa y sus consecuencias para Europa. Esta introducción se ajustaba bien a lo que más caracterizó estos cuatro primeros años del nuevo milenio en los que tuve el privilegio de ser embajador de Suecia.

Bajo el signo de la luz

Cuando ya se habían protegido los ordenadores contra el virus imaginario del milenio, el siglo XXI parecía estar bien encaminado para las NN UU y el mundo. Empezó en septiembre del mismo año, bajo el signo de la luz en Nueva York, con el informe de Kofi Annan sobre el estado del mundo, ante la mayor reunión de líderes políticos que nunca se había celebrado: 146 presidentes de naciones, jefes de Estado y reyes rodeados de 8.000 delegados, y todo cubierto por 5.500 periodistas acreditados.

Cuando en el Museo Metropolitano de Nueva York, el presidente Clinton recibió a los delegados, el jefe de Estado sueco Göran Persson y yo mismo tuvimos una imagen clara del equilibrio de poder en aquel momento entre EE UU y Rusia. Los invitados hicie-



ron una larga cola para saludar al anfitrión. Para nuestra sorpresa, justo detrás nuestro se encontraba un serio Vladimir Putin. Göran Persson y yo estuvimos de acuerdo en que difícilmente podíamos presenciar lo contrario: un Bill Clinton en la cola del Kremlin junto a todos nosotros.

Los participantes en la Conferencia del Milenio se repartieron en grupos de trabajo, lo cual seguramente fue una novedad para la mayoría de dignatarios. El jefe de Estado sueco fue a parar a un grupo dirigido por el nuevo jefe del gobierno de Venezuela, Hugo Chávez. Después, en el plenario, Fidel Castro, el amigo de Chávez, sorprendió a los asistentes tapando con un pañuelo rojo la lámpara de la mesa que señalaba con luz roja cuando el orador superaba los cinco minutos estipulados para su exposición. Castro no sólo respetó este tiempo, sino que incluso se situó por debajo, y al terminar arrebató maliciosamente el pañuelo agitándolo y bailando bajo los aplausos de los asistentes. Sin embargo, lo más importante en esta reunión del año 2000 fue que por primera vez se pudieron unificar criterios sobre los desafíos globales.

Kofi Annan, con el trasfondo de una realidad dura, se centró en la lucha contra la pobreza, por la justicia y la solidaridad. En África el sida se cobra cada año cuatro veces más víctimas que en todos los conflictos armados del continente. La mitad de la población mundial intenta sobrevivir con menos de dos dólares al día, mientras que mil millones tienen sólo un dólar. A pesar de la globalización, la población subsahariana continúa siendo igual de pobre ahora que hace veinte años.

El jefe de las NN UU no quería sólo apoyo verbal a su plan. Kofi Annan exigía que los líderes mundiales se implicaran en adoptar una estrategia común con objetivos concretos. Él haría un seguimiento de los avances del plan y haría un informe para la próxima reunión general en septiembre de 2001. El punto de partida era que, como nunca anteriormente, la población mundial y las naciones estaban interrelacionadas, en lo que una vez Eyvind Jonsson¹ llamó nuestro destino común; interrelacionadas económica y ecológicamente, social y políticamente. Ningún país por sí mismo sería capaz de hacer lo que se exigía sin la colaboración internacional.

1. Autor y periodista sueco, 1900-1976.



El primer punto del orden del día internacional podría llamarse los Objetivos del Milenio para un desarrollo global. Entre los ocho objetivos estaba reducir a la mitad la pobreza extrema y el contagio del sida hasta 2015, asegurar un medio ambiente sostenible también para 2015 y avanzar hacia la igualdad e independencia de las mujeres.

Carta al jefe de la CIA

Fue interesante que el jefe de la CIA, George Tenet, publicara, poco después, en enero de 2001 un informe llamado *Global Trends 2015* (<http://www.cia.gov/index.html>). Lo que choca a los lectores en este informe es cómo las NN UU, con sus recursos limitados, y el aparato de inteligencia de la superpotencia, coinciden en gran parte en el análisis mundial. Cuando leí el informe de Tenet, tomé en serio su invitación a que la hiciera llegar mis comentarios, y en marzo del mismo año cogí mi pluma y le escribí.

Empecé expresando mi esperanza de que los políticos americanos no llegasen a las mismas conclusiones que mi antiguo colega suizo, cuando analizaba las amenazas contra su país diciendo: «Suiza está bien preparada contra todos los peligros que nunca van a suceder». También subrayé en mi respuesta que los europeos tampoco eran buenos para evitar conflictos, sobre todo en los Balcanes, desde que el primer ministro Disraeli² había pronunciado en vano su advertencia en la Cámara Alta en 1878:

No hay palabras para describir las intrigas políticas, las constantes disputas lingüísticas, la falta total de un espíritu comunitario, el odio que se apunta hacia todas las razas, los concurridos rencores religiosos, no hay ni asomo de control del poder. Tan sólo un ejército de 50.000 soldados con las mejores tropas de Europa podría establecer algo parecido al orden en esta zona.

En el mundo de hoy ni Europa ni EEUU podrán conseguir una verdadera seguridad mientras las injusticias y las necesidades con-

2. Escritor y primer ministro inglés, 1804-1881.





tinúen atormentando a millones de personas en distintos lugares del planeta. En esta situación ni las armas atómicas pueden ayudar, continuaba. También me había sorprendido que hubiera una especie de acuerdo entre las NN UU y la CIA en el análisis de las amenazas globales. Pero entonces, ¿por qué no se podía llegar a algunos acuerdos prácticos sobre esta posición común? Todos debemos cosechar los frutos de la globalización y combatir sus consecuencias negativas. El Papa tenía razón cuando decía: «Si quieres la paz, trabaja por la justicia.» Y aquí son necesarias unas reformadas y efectivas NN UU como un socio insustituible, terminaba mi carta al jefe de la CIA.

No tuve ninguna respuesta por parte del jefe de la CIA, George Tenet, que ahora ha sido condecorado y destituido de su puesto, al quedar patente que no supo utilizar los enormes recursos de su organización para aconsejar a su presidente ni sobre la amenaza de Al Qaeda ni sobre las consecuencias de la guerra de Iraq.

Diario desde el 11 de septiembre

Los ataques terroristas de Al Qaeda el 11 de septiembre transformaron de repente «la primavera de la esperanza en el invierno de la desesperación». Por primera vez en los tiempos modernos EE UU sufrió un ataque desde fuera y esto condujo a la política americana a una revolución bajo la nueva Administración Bush. Estos hechos modificaron también el orden del día de las NN UU.

Personalmente fui testigo de los macabros colapsos de las dos torres. En mi diario y en mi correspondencia por e-mail escribí lo que vi y viví en los días siguientes:

11/9

El martes 11 de septiembre iba de camino a la reunión de embajadores de la UE (HOMs meeting- Heads of Mission), cuando vi que una parte de una de las torres en World Trade Center estaba en llamas. En Manhattan, los incendios y los pitidos de las sirenas de bomberos no son nada anormal, pero de todas formas telefoné a Maud y le pedí que escuchara las noticias. No pasó mucho tiempo de reunión cuando Levitte, el embajador francés, recibió una nota informando que la otra torre también ardía y no podía ser por casualidad. La reunión se interrumpió de inmediato, todos





nos apresuramos a contactar con nuestros países desde nuestras oficinas y a organizar el trabajo de las delegaciones.

A mi despacho, con una radiante vista de la East River y el sur de Manhattan, en el 46º piso de las NN UU, fueron llegando personas para ver el drama con sus propios ojos. Vimos gente desesperada saltar por las ventanas. Inmediatamente después cayó una torre detrás de otra. Pronto se produjeron las reacciones: gritos de horror, llantos y angustia buscando a ciegas a alguien o algo para apoyarse y abrazarse. Nadie entendía qué estaba sucediendo. Los helicópteros de la CNN y de la TV local empezaron a informar de lo impensable: alguien intencionadamente había estrellado grandes aviones de pasajeros contra las enormes torres.

Desde Manhattan, los teléfonos a Estocolmo no funcionaban pero sí los e-mail, al igual que algunos teléfonos móviles para llamadas dentro de Manhattan.

12/9

Estado de excepción en Nueva York. Manhattan se halla dividida en dos partes, una al norte y otra al sur. En el sur, la zona de guerra, con miles de muertos, heridos y evacuados, mientras las sirenas de las ambulancias y coches de la policía nos recuerdan a todos el crimen y el sufrimiento. Desde la zona norte oímos las sirenas y sentimos un cierto olor acre, pero las ruinas y los muertos parecen como si fueran de otro país. La gente patina y habla al mismo tiempo por sus móviles, los perros pasean como de costumbre por el Central Park y los restaurantes parecen estar llenos. Sin embargo: dos calles más arriba de mi residencia, en la calle 64, la Guardia Nacional ha establecido su cuartel general y los barrios de la gente rica, en la parte alta del East River, están ahora repletos de militares uniformados con vehículos de camuflaje. Delante del Consulado de Italia, un grupo de veinte turistas que no han tenido la posibilidad de quedarse en su hotel esperan en medio de la calle con su equipaje en Park Avenue. En las calles revolotean papeletas no utilizadas de las últimas elecciones locales suspendidas. Al mismo tiempo, en los postes y paredes se piden donantes de sangre e información sobre familiares desaparecidos.

Delante de las NN UU hay policías de Miami y de Los Ángeles. Sobreexcitados periodistas informan bajo llamativos titulares:



Ataque a América, América bajo el ataque, América de nuevo en combate, América en guerra, América responde, América en alerta, nueva guerra de América, se reconstruye América. La vida continúa: ayer 320 nacimientos. Se han perdido 80.000 puestos de trabajo en Nueva York.

A mí me informaron de que era demasiado mayor para dar sangre. Y a una mujer sueca que también había acudido a donar, antes de extraerle la sangre, le preguntaron si había tenido relaciones sexuales con algún negro.

13/9

Cuando reaccioné después de los ataques terroristas a las torres gemelas, vi delante de mí la imagen de otra catástrofe. Dos días antes de Nochebuena, en 1988, Jan Eliasson del Departamento de Asuntos Exteriores sueco me llamó para decirme que en el avión de la PAN AM, que había explotado en pedazos el día antes sobre Lockerbie, Escocia, iba un amigo común, Bernt Carlsson, que había muerto. Bernt era quien me había convencido de mudarme a Estocolmo y comprometerme en la política estudiantil. Y ahora, como auxiliar del Secretario General de las NNUU en Namibia, había tomado ese avión para ir a Nueva York y asistir a la ceremonia por la liberación del yugo del *apartheid* en Sudáfrica. Bernt fue una de las 270 víctimas de la bomba terrorista. La noticia de esta muerte me dejó mudo de dolor y me quedé paralizado en la escalera de la cocina de mi casa en Lidingö. La ira vendría después.

Fue difícil no dejarse llevar por la lógica de la rabia y la venganza. La agresión contra Pearl Harbor³ se había cobrado la vida de 2.000 personas, y ahora en apenas media hora en Nueva York, durante los repugnantes sucesos de las dos torres del World Trade Center, habían muerto en realidad dos o tres veces más americanos y un desconocido número de no-americanos. Ahora sabemos que eran casi 3.000. Hemos sido testigos de un golpe

3. Ataque japonés la base militar de Oahu, Hawai, en 1941, en plena Segunda Guerra Mundial.





mortal contra los principales símbolos políticos, militares y financieros de la única superpotencia del mundo, lo cual, por su envergadura y alcance, debe verse como una catástrofe internacional y de importancia global común. Pero fue el dolor lo que dominó, el dolor y la nostalgia por la vida apagada demasiado pronto. El dolor y la exigencia de justicia, que los asesinos fueran detenidos y respondieran por su crimen.

14/9

Aquí abajo, en la parte sur de Manhattan, en el campo de dolor que se ha construido en Union Square, se percibe este mismo sentimiento dominante. Entre miles de fotos, listas de desaparecidos y versos, algún que otro anuncio de «Bin Laden, vivo o muerto». Veo el hombre joven gélido de odio que pinta con su rotulador «Muerte a Bin Laden» sobre los llamados a la paz. Pero Union Square es ante todo un monumento conmemorativo digno y majestuoso donde se combina la petición de justicia con el deseo de reflexión y paz. En los carteles esparcidos por todas partes se lee «El islam no es nuestro enemigo, la guerra no es la respuesta». En otros se llama a una manifestación en Times Square bajo las consignas: «Llora las víctimas, pide la paz.» Más conmovedores y convincentes son los mensajes de parientes y amigos que cubren gran parte de las vallas y el suelo con emotivas historias sobre los desaparecidos. En muchos se reflejan los mismos sentimientos que manifestó una mujer en el programa televisivo de gran audiencia de Barbara Walter:⁴ «¿Por qué debería desear la muerte de alguien por el hecho de que mi esposo haya muerto? Esto no me devolverá a mi esposo y sería una traición contra sus convicciones.»

15/9

Thomas Friedman, el asiduo columnista de *New York Times*, ve «el inicio de una tercera guerra mundial», como un combate fundamental entre EEUU y elementos radicales en el mundo

4. Veterana periodista y animadora de los shows matutinos de la TV americana.



musulmán y el en Tercer Mundo. No hay papel para las NN UU en una coalición global contra el terrorismo. Friedman tiene razón; los perpetradores son los criminales de los nuevos tiempos, globalizados, con refinadas tecnologías, sin cara conocida, difíciles de apresar y cuyos actos malvados pocos reivindicán, fanáticos profesionales. Utilizan los aviones de la superpotencia y los transforman en misiles humanos.

Pero en los tiempos modernos no sirve la regla del Viejo Testamento del «ojo por ojo», de lo contrario nos volveríamos todos ciegos. Muchos comentaristas en los EE UU han subrayado también la importancia de que «nosotros no seamos como ellos y no sacrifiquemos nuestros propios valores humanísticos y democráticos».

Tampoco las contribuciones aisladas pueden ayudar a la superpotencia EE UU. Más importante que nunca es ahora la intervención colectiva. Y por esto EE UU y el mundo entero necesitan más que nunca de las NN UU. Ahora hay que hacer una movilización sin precedentes contra el terrorismo. Es también importante que no se extienda la imagen de una policía mundial aislada. De lo contrario, podemos ser víctimas de una espiral de violencia sin límites. Bin Laden, al igual que los Milosevics, deben ser detenidos como criminales y no ser tratados como héroes o futuros mártires, y ser juzgados por el Tribunal Penal Internacional.

18/9

La enorme fosa ardiente, el lugar donde las dos torres una vez alzaron su perfil arrogante contra el cielo, se llama «Zona cero». El nombre viene del lugar en el que una explosión nuclear tiene su centro, el punto cero. Es fácil de entender el porqué. Hay quien explica que alrededor de la zona catastrófica el calor derrite los zapatos. La desolación, la muerte y las cenizas lo cubren todo y todo se asemeja a Hiroshima y Nagasaki. Quizás Kofi Annan tenía también esta asociación en el recuerdo, cuando el 17 de septiembre habló de la «no-proliferación de armas atómicas y el desarme de los estados de sus arsenales atómicos».





20/9

Mi hijo Max en Estocolmo me recordó las tesis de Olof Palme sobre la seguridad común. Hace 25 años que Olof Palme y Willy Brandt avisaban: las armas atómicas y la pobreza de las masas son la principal amenaza para la paz y la supervivencia; debemos mirar las pintadas en las paredes, la pobreza y el Estado secularizado en decadencia crean las condiciones para los fieles adoradores de Bin Laden en muchos lugares.

24/9

Cuando la asamblea general de las NNUU retomó su trabajo el día 24, como embajador de Suecia expuse de nuevo la petición de anular cualquier tipo de prueba nuclear y la reducción drástica de las armas nucleares tanto estratégica como tácticamente, petición que ahora era «más importante que nunca bajo la huella de los ataques terroristas contra EE UU».

En los tiempos actuales, las macabras estadísticas son testimonio de que los terribles actos terroristas no sólo afectan a EE UU. La mitad de los 6.000 desaparecidos y muertos eran extranjeros.* Había personas de 60 nacionalidades, entre ellos también un sueco. Hombres y mujeres de distintos rincones de la Tierra. De camino a una reunión sobre las elecciones de Zimbabue leí que cinco zimbabuenses trabajan en el World Trade Center y otro de la misma nacionalidad era informático en el Pentágono.

EE UU golpea de nuevo

El día después del crimen, el Consejo de Seguridad y la Asamblea General de las NNUU condenaron unánimemente los ataques terroristas, y los EE UU utilizaron un mes más tarde el derecho a su propia defensa, reconocido en los estatutos de las NNUU. Inmediatamente después el presidente Bush amplió su perspectiva y expuso la necesidad de declarar una «guerra al terrorismo» sin límites, al mismo tiempo que definía su Administración como «un gobierno de guerra». Después, el 29 de enero, pronunció su discurso al estilo de Che Guevara de

* Los datos son los que se barajaban en ese día. Finalmente fueron 3.000. [N. de la E.]



«crear dos, tres Vietnams», y definió a Iraq, Irán y Corea del Norte como los «ejes del mal», y decidió la invasión de Iraq sin el apoyo de las NN UU y contra la mayoría de la opinión mundial.

Las NN UU estaban doblemente amenazadas: por los que querían hacer un mal uso de la legitimidad única de la organización mundial (léase los EE UU) y por los que se negaban a ver que las Naciones Unidas necesitaban reformas radicales y estructurales para ser relevantes en los tiempos actuales (muchos países del Tercer Mundo).

Que algunos tomaron en serio el debate en el Consejo de Seguridad puede deducirse de los escándalos de las escuchas que explotaron en febrero de 2004. Informaciones coincidentes revelaron que la oficina del Secretario General y de algunos de los miembros del Consejo de Seguridad habían sufrido escuchas por parte de los servicios de espionaje británicos. Fue el ex ministro de Cooperación británico, Clare Short, quien destapó el escándalo. Una escucha en las NN UU va en contra de una serie de convenciones, como las del convenio que concierne a los privilegios e inmunidad de las Naciones Unidas de 1946, el llamado Convenio General entre las NN UU y el país anfitrión de 1947, y el Convenio de Viena sobre relaciones diplomáticas de 1961.

El embajador de Rusia en las NN UU fue el único que en el Consejo de Seguridad comentó lo ocurrido de forma irónica; «creo que es ilegal pero muestra que los servicios de espionaje británicos son muy profesionales, al menos técnicamente».

Incluso la Oficina Europea de las NN UU fue expuesta a las escuchas, esta vez por parte de los americanos, al igual que la Agencia de la Energía Atómica Internacional —OIEA— en Viena. El objetivo parecía ser buscar argumentos para desacreditar al jefe de la OIEA, Mohamed El Baradei. Hans Blix y El Baradei se hicieron famosos por sus profesionales y objetivos informes sobre Iraq en el Consejo de Seguridad de las NN UU, que no gustaron nada al gobierno de EE UU.

En aquel momento escribí un artículo en *Aftonbladet*⁵ donde preguntaba por qué ningún gobierno democrático había protestado contra esta agresión evidente contra los convenios internacionales y relaciones formales.

5. Periódico sueco de la tarde de amplia difusión.





«Gracias Dios mío por la muerte de las NN UU»

Los ataques contra las NN UU no eran nuevos. Richard Perle, antiguo secretario de estado republicano en el Pentágono, su portavoz más visible y uno de los cerebros de la guerra de Iraq, expresó la siguiente esperanza en el periódico británico *Spectator* (21/3/03) bajo el título: «Gracias Dios mío por la muerte de las NN UU.»

[...] El imperio del terror de Sadam Husein se acerca a su fin. Va a caer pronto, pero no solo. Como un final irónico arrastrará consigo a las NN UU. [Y Perle continuaba:] Los parlanchines continuarán berreando. Pero lo que va a morir es la fantasía de las NN UU como base para el nuevo orden mundial (también publicado en *The Guardian*, el 21/3/03).

Y durante un largo período, junto a especiales irregularidades sobre el programa «Petróleo por comida», el Secretario General de las NN UU fue expuesto, según el editorial del *Financial Times*, a «una caza de brujas organizada, a un miserable linchamiento en el Congreso de EE UU y por parte de la extrema derecha». Es cierto que, después que Tony Blair —y todos los dirigentes de la UE— diesen su apoyo firme al Secretario General de las NN UU, Washington finalmente dijo que la Administración Bush no quería que Kofi Annan dimitiera. Pero la prensa americana iba llena de artículos irónicos y mal intencionados sobre «el escándalo de las NN UU» y el «apoyo a los terroristas y el odio hacia Israel» de la organización mundial.

Kofi Annan habría podido encontrar apoyo en la actuación de su antecesor sueco, cuando éste fue expuesto a un trato semejante por la otra gran potencia, la Unión Soviética.

En su discurso en la Asamblea general de las NN UU, el 3 de octubre de 1960, Dag Hammarskjöld⁶ respondió a la petición de dimisión de Nikita Jrushchov con las siguientes palabras:

Si dimitiera ahora dejaría a la organización en una difícil situación, expuesta a los todos los vientos. No tengo ningún derecho

6. Político sueco que fue Secretario General de las NN UU de 1953 a 1961 y premio Nobel de la Paz a título póstumo.





a hacer esto porque tengo una responsabilidad ante todos los estados miembros para quienes las NNUU es de gran importancia. No es para la Unión Soviética o para las otras grandes potencias que se necesita la protección de las Naciones Unidas, es para todas las otras. Seguiré en mi puesto como servidor de la organización el tiempo que el cargo lo requiera y sus naciones lo deseen.

La lucha contra el terrorismo dejó una marca indeleble en el trabajo de las NNUU y sobre todo en el Consejo de Seguridad. Muchos presenciaron cómo el combate contra el terrorismo y las armas de destrucción masiva de los estadounidenses decidían el orden del día, a la vez que la mayor parte del mundo luchaba contra el hambre, el sida y otros conflictos concretos a menudo desencadenados por la escasez de recursos.

Bush, el caminante solitario

Incluso antes del 11 de septiembre, un significativo abismo político se había producido entre las naciones miembros de las NNUU y los Estados Unidos. Este abismo iba creciendo a medida que avanzaba el período de la Administración Bush. Una única excepción positiva fue que finalmente Washington pagó una deuda pendiente de 582 millones de dólares en otoño de 2001, justo después de los atentados contra EE UU. La lista del camino solitario americano es larga y variada: el Protocolo de Kioto, los precios del acero, la bajada de impuestos para las empresas americanas de exportación, subsidios agrícolas, el Tratado Antimisiles Balísticos, la prohibición de las minas terrestres, el control de los niños soldados, las armas biológicas, los escudos antimisiles nacionales y otros quizás más peligrosos, la nueva doctrina nacional de seguridad sobre «ataques preventivos», realizados en Iraq por primera vez.

Anna Lindh, ministra de Asuntos Exteriores de Suecia, en su discurso del 13 de noviembre de 2001, hizo una mención especial contra los planes de EE UU sobre los escudos antimisiles y su negativa a firmar el acuerdo de suspensión completa de las pruebas con armas nucleares. La urgencia de eliminar todas las armas de destrucción masivas había aumentado dramáticamente después del





11 de septiembre, advirtió ella, y exigió que todos los estados con armas nucleares deberían asumir los gastos para iniciar la marcha hacia una total abolición de los arsenales nucleares.

En las cuestiones que ideológicamente eran importantes para la Administración Bush, EE UU rompió a menudo el consenso y exigió votaciones. Algunas veces al lado de los ministros de los países del mar Muerto, Libia, Israel y Cuba. Cuando se trataba de cuestiones como «la equiparación de los derechos para las mujeres jóvenes», la votación era: EE UU junto con las islas Marshall en contra, 172 países a favor y una abstención de Israel. Un nuevo tipo de votación se ha desarrollado en las cuestiones de Oriente Medio. EE UU e Israel votan junto con países como Micronesia y las Islas Marshall en el Océano Pacífico, y a veces alternativamente con la República de Palau, la isla de Vanuatu en el Pacífico sur, o las Islas Salomón, el reino de Tonga y Papa Nueva Guinea, también en Oceanía.

EE UU tiene una posición aislada de los demás en cuestiones como los derechos de la infancia, mientras que en otras cuestiones, por ejemplo sobre la familia y en cierta medida con los derechos de la mujer y la igualdad, se alían con el Vaticano y las Organizaciones de los Estados Islámicos (OIC- Organisation of The Islamic Conference). También fue destacable la negativa americana a los Fondos para la Población —UNFPA, United Nations Population Fund— de las NNUU. Bajo sospecha estaban naturalmente las cuestiones sobre el aborto, pero incluso también una visión religiosa sobre la sexualidad y el matrimonio. Incluso la UNICEF fue objeto de la crítica americana que reprochó sus posturas respecto a los derechos humanos y los derechos de los niños. Esta política, además de suprimir el apoyo económico a la UNFPA, también ha significado una reducción de las ayudas a las organizaciones americanas de voluntariado que trabajan con el sida y las cuestiones de población.

La política americana de socavar el Tribunal Penal Internacional fue uno de los ejemplos claros de cómo EE UU utilizó las NNUU, o más bien abusó del Consejo de Seguridad para llevar a cabo su política nacional. (El mandato oficial del Tribunal Penal Internacional es velar para que los grandes crímenes internacionales sean castigados, impedir dichos crímenes y favorecer el respeto al derecho internacional y la justicia.) El 17 de junio de 2004, Kofi Annan,





en un discurso con un tono muy duro, expuso que los laboriosos acuerdos y objetivos alcanzados en torno a la guerra de Iraq podían ponerse en riesgo si EE UU buscaba prolongar la situación por la que sus soldados quedaban al margen de la jurisdicción del Tribunal Penal Internacional, tal y como había conseguido en 2002. Esto significaba estar por encima de la ley, no abarcar la convención y por lo tanto no estar sometidos a ningún castigo en caso de cometer graves crímenes. A la luz de lo sucedido en la cárcel de Abu Ghraib la aceptación de una resolución de excepción para EE UU podría desacreditar, opinaba él, al Consejo y a las NN UU que velaban por el orden mundial. El discurso del Secretario General contribuyó con toda seguridad a que, la semana siguiente, Washington bajara la bandera y retirara la propuesta relativa al TPI.

Pero Washington continuó disuadiendo a los demás países de suscribir la convención del Tribunal Penal Internacional. Un miembro del gobierno del pequeño Estado de la isla de Timor Oriental, nuevo miembro en las NN UU, me explicó que los americanos incluso los habían amenazado con cancelar la visita de su flota a la isla y con ello la visita gratuita al dentista a bordo que habían prometido a la población. Muchos otros países pobres eran expuestos a tratos semejantes.

Incluso una nación europea de la misma opinión dio su brazo a torcer. Un parlamentario de un país báltico se preguntaba por qué su país, que había conseguido deshacerse de un sistema estalinista injusto e incluso había aceptado mandar tropas a Iraq, necesitaba exponerse a presiones cuando quería adherirse a un régimen de justicia global.

El aislamiento americano continuó los años después de que yo dejara las NN UU. En 2007 la Asamblea General votó por 16º año consecutivo sobre el levantamiento del bloqueo ilegal de EE UU a Cuba tras 45 años. Según todas las investigaciones este bloqueo afectaba duramente a la población civil, especialmente en sectores como la sanidad, la educación, la vivienda y la alimentación. Como de costumbre, las cifras de la votación fueron: 184 a favor, entre ellos todos los países de la UE, 4 en contra: EE UU, Israel, las islas Marshall y la isla de Palau, incluso el tradicional aliado de EE UU, Micronesia, en esta ocasión se abstuvo.





Cambio de gobierno, sí, con mucho gusto pero en Washington

Con este trasfondo escribí mi informe:

Señora ministra,

Estos cuatro años, de 2000 a 2004, han coincidido con lo que en general se ve como la Administración más conservadora de la historia de los EE UU, aliada de cerca con la derecha cristiana radical y emparentada ideológicamente con el gobierno de Israel. Ello ha tenido repercusiones evidentes sobre su conducta en las NN UU.

Mi conclusión contribuyó a que el Departamento de Asuntos Exteriores sueco declarara mi informe confidencial, en «consideración con un poder extranjero»:

No es la tarea de un embajador de las NN UU reclamar un cambio de gobierno en Washington. Pero a la luz de lo anteriormente señalado, un cambio en el régimen sería sin duda muy positivo para las relaciones multilaterales y las Naciones Unidas.

Las NN UU fueron expuestas a una prueba muy difícil, después de la guerra de Iraq. La posición de las NN UU estaba ya muy debilitada por la política de sanciones de muchos años. El atentado con bomba en Bagdad el 19 de agosto de 2003 mostró con evidencia macabra que las NN UU y su personal ya no podían moverse en paz por el país.

El Consejo de Seguridad adoptó por unanimidad la resolución 1546 del 8 de junio de 2004, la tercera gran resolución sobre la guerra de Iraq desde la primavera de 2003, que debe calificarse como un paso en la buena dirección. La resolución plantea terminar con la ocupación sin aprobar la guerra ilegal y otorga un papel más claro que antes a las NN UU, al mismo tiempo que se propone una hoja de ruta para alcanzar la soberanía iraquí a través de elecciones libres.





Personalmente preguntaba en el informe cómo las NNUU podrían cooperar en la reconciliación y estabilidad bajo la protección de unos mandos militares de EE UU y al mismo tiempo conservar la credibilidad e integridad ante los ojos de la opinión mundial. Continuaba mi razonamiento así:

Parece cada vez más claro que el germen de las iras y resistencias que hoy se manifiestan es precisamente la presencia de las fuerzas americanas. Los soldados americanos no luchan únicamente contra los suicidas cargados de bombas o los que ellos consideran terroristas. Se han implicado también en la lucha contra un sector de la nación iraquí que cuenta con cierto apoyo popular, y por tanto están involucrados en las luchas de poder del país.

Las NNUU se encontraban ahora en una especie de «falso dilema», en una situación en que ninguna salida se veía clara y todas las alternativas parecían inseguras.

La guerra había empezado a todas luces bajo falsas suposiciones y se había engañado al pueblo americano, algo que se constató con énfasis en la llamada Comisión del 11 de Septiembre en 2004. Colin Powell, que bajo las presiones había declarado delante del Consejo de Seguridad tener «pruebas convincentes» sobre las armas de destrucción masiva de los iraquíes, se vio obligado a desmentir sus propias palabras.

Nada cambiaría el recordar las advertencias que se hicieron antes de la guerra sobre todos los desastres que se avecinaban. Pero algunas de las palabras del ministro de Asuntos Exteriores alemán, Joschka Fischer, en el Consejo de Seguridad del 18 de enero de 2003, expresaban bien lo que muchos de nosotros sentíamos y temíamos:

Tiene una importancia decisiva impedir los actos terroristas. Pero aún mejor sería impedir que la gente se convirtiese en terrorista. Estamos seriamente preocupados por lo que puede comportar un ataque militar contra el régimen de Bagdad y por sus significativos e impredecibles riesgos en la lucha global contra el terrorismo.





El ministro de Asuntos Exteriores alemán continuó:

La lucha contra el terrorismo no puede utilizarse como pretexto para anular los derechos humanos. Al fin y al cabo en esta lucha se trata no sólo de proteger nuestra seguridad sino también nuestros valores fundamentales como la libertad, la democracia y los derechos humanos. Tenemos también la urgencia de, además de detener a los terroristas, atacar este peligro desde sus raíces. Esto significa encontrar soluciones posibles para los actuales conflictos regionales como los de Afganistán y Oriente Medio.

También hay que sumar el peso que supone el proceso de paz de Oriente Medio o lo que quede de él al dolor causado a las víctimas de la guerra de Iraq, escribí.

Es difícil pensar que alguien se pueda oponer a que para llegar a una solución que contemple el derecho de los pueblos a su autodeterminación, a su coexistencia pacífica y a la colaboración a escala regional, se debe regular la resistencia y violencia en Iraq, Israel y Palestina.

Y el sueño de que EE UU actualmente pudiese dirigir el proceso para «extender la bendición de la democracia en Oriente Medio» tiene pocas perspectivas en el futuro, después de que los americanos apoyaran el plan de Ariel Sharon de anexionar tierras árabes ocupadas, incluso contra el derecho internacional.

Por primera vez el secretariado de las NN UU, en su informe al Consejo de Seguridad, habló sobre un paralelo con bantustanes⁷ en la época del *apartheid* en Sudáfrica.

La 56ª Asamblea General de 2001 se celebró totalmente bajo la sombra de los atentados. Los días después del 11 de septiembre el Consejo votó por unanimidad las resoluciones 1368 y 1373 que condenaban los atentados y claramente cargaban la responsabilidad a Al Qaeda y a los talibanes de Afganistán. También subrayaban que

7. Bantustanes, reservas tribales de habitantes no blancos en el marco de la política segregacionista.



EEUU tenía derecho a su propia defensa y organizaron un comité antiterrorista bajo el auspicio del Consejo de Seguridad. Las resoluciones fueron adoptadas por unanimidad pero el debate sobre cómo debería definirse el terrorismo empezó poco después: «¿La resistencia armada contra la ocupación es terrorismo?»

En este sentido señalé cómo Olof Palme, en su último discurso en la Asamblea General de las NN UU, en octubre de 1985, dio una buena definición, cuando apuntó que «los terroristas se definen por sus actos». «La lucha contra el terrorismo en todas sus formas, contra la cruel matanza de civiles inocentes, es un terreno donde es absolutamente necesario el trabajo común entre estados.»

El primer ministro del Estado sueco estaba influenciado en su análisis por una conversación que poco antes había tenido con su colega español Felipe González, en la que éste se quejaba de la falta de interés y compromiso internacional ante los atentados de ETA.

Palme ya había alertado sobre el terrorismo internacional en un discurso en las NN UU en 1970, exponiendo la amenaza sobre cómo «el desarrollo tecnológico hace posible que una minoría persiga sus objetivos a través del terror. Secuestros y raptos de aviones son terribles ejemplos de este desarrollo».

No fue hasta septiembre de 2005 que los líderes mundiales en la cumbre de las NN UU pudieron pronunciarse unidos sobre la cuestión del terrorismo. Señalaron dos frases claves, la primera «condenar duramente los actos terroristas en todas sus formas prescindiendo de quién los cometa y cuál sea su objetivo, puesto que el terrorismo es una de las mayores amenazas contra la paz y la seguridad mundial», la segunda: «el trabajo internacional común contra el terrorismo debe respetar los derechos internacionales, especialmente las leyes de los Derechos Humanos, la ley de derecho de asilo y los derechos internacionales humanitarios». Los líderes mundiales se comprometían para el año siguiente a definir una estrategia común contra el terrorismo.

La Asamblea General de septiembre de 2006 retomó el tema pero no llegó a nada nuevo. Sin duda fue la primera vez que «el parlamento mundial» tomó unánimamente un compromiso sobre esta cuestión, pero no resultó ser más que un catálogo sobre medidas nacionales e internacionales y convenios que ya existían. Entre estas





medidas estaba la criminalización de actos terroristas como raptos de aviones con rehenes o el terrorismo nuclear.

Pero la Asamblea General no llegó a ningún acuerdo común sobre las cuestiones candentes y aún no resueltas como la definición del terrorismo de Estado, y los distintos métodos en las luchas de liberación y resistencia armada contra la ocupación. Había unanimidad sobre la condena a Al Qaeda y a los talibanes pero no sobre cómo debía catalogarse, por ejemplo, el abuso de poder en la ocupación israelí o los atentados terroristas palestinos. El mismo problema se había presentado en la cuestión sobre los métodos del movimiento de resistencia en Iraq. La incapacidad para encontrar una clara y completa definición sobre qué se entiende y qué no se entiende por terrorismo ha tenido como consecuencia desgraciadamente que los estados individualmente puedan adoptar su propia interpretación en el caso de que no existan convenios internacionales.

La resolución 1373 del Consejo de Seguridad sobre la amenaza a la paz y la seguridad generada por los atentados terroristas fue un hito importante en la historia del consejo y un símbolo de la capacidad de negociación de la corporación mundial contra el terrorismo. Pero al mismo tiempo, la resolución dejaba las obligaciones a más largo plazo a los estados miembros, lo cual pronto empezó a crear interrogantes. Entre ellos estaban los siguientes: ¿Puede el Consejo de Seguridad tomar decisiones que tengan efectos inmediatos para el orden jurídico interno de los estados miembros? ¿No deben estas medidas negociarse entre todos los miembros?

La respuesta a estas cuestiones fue formulada por personas expertas en justicia, que ni tan sólo eran del departamento de cuestiones legales de las NNUU. Los estatutos de las NNUU otorgaban a un país agredido, en este caso EEUU, el derecho a su propia defensa, pero con dos importantes reservas. La utilización de la fuerza debía ejercerse sólo mediante el llamado «principio de proporcionalidad», es decir; no podía recurrirse a más violencia de la requerida y debía aplicarse selectivamente para no perjudicar a inocentes. Igualmente el reglamento prescribía que el bando atacado debía informar regularmente sobre sus medidas de fuerza al Consejo de Seguridad. Dentro de estas reservas también se incluía que la idea de defensa propia debía estar sujeta a un límite de tiempo y se debía solicitar periódicamente la opinión del Consejo.





La forma en que EE UU continuaba dirigiendo sus tropas de guerra en Afganistán, con ataques diversos contra objetivos que costaban la vida de muchos civiles, junto con la declaración del presidente Bush sobre lo que parecía una eterna «guerra contra el terrorismo», tuvo como resultado crecientes protestas y el cuestionamiento de los métodos de la guerra. Hasta el extremo que incluso la persona que representaba «el nuevo Afganistán democrático», el presidente elegido Karzai, se sumó a los críticos.

Más difícil fue la cuestión sobre las sanciones contra aquellos que el comité de sanciones pusiera en la lista de terroristas. Entre las sanciones estaba la de congelar las cuentas bancarias de individuos y organizaciones. Las primeras listas presentadas por Washington fueron aceptadas por el Consejo sin ninguna discusión, a la sombra de las ruinas de las dos torres de Manhattan. Directamente después la UE adoptó órdenes parecidas para sus estados miembros. Dentro de la comisión europea se creyó que la UE estaba obligada a seguir el acuerdo de las NNUU sin ningún examen previo, pero ahora la cuestión está siendo examinada por el Tribunal de Justicia de la Comunidad Europea. De repente se convertía en una decisión obligatoria que no tenía su origen en el sistema interno de justicia de los estados miembros y que estaba fundada sobre una elección no transparente de personas y organizaciones.

En otoño de 2001 tres suecos de origen somalí fueron afectados por semejantes sanciones. Sus nombres aparecieron en una lista elaborada en Washington y enviada al Consejo de Seguridad. Con efecto inmediato se congelaron todas sus cuentas en los bancos suecos. Para los afectados esto significaba, entre otras cosas, no poder disponer ni de un céntimo de sus cuentas.

Pronto la opinión de letrados y gente con sentido de la justicia en Suecia empezó a reaccionar y los tres sueco-somalís se convirtieron en un símbolo de la lucha nacional por la justicia. El Departamento de Asuntos Exteriores sueco me encargó que contactara con los miembros del Consejo de Seguridad para obtener el permiso para una revisión general de toda la lista. Pero EE UU se negó haciendo referencia a aspectos de seguridad. El jefe del secretariado de justicia de Departamento de Asuntos Exteriores sueco para las cuestiones de la UE, Anders Kruse, propuso que la ministra de Asuntos Exteriores sueca, Anna Lindh, enviara un emisario a Washington para conversar sobre el tema.





El gobierno sueco no tomó posición sobre esta cuestión, no tenía suficiente información, pero lo que indignó fue el principio de que la ciudadanía sueca pudiera ser afectada sin posibilidad de una vista en un juicio o poder de apelación.

La principal acusación de Washington contra los tres suecos era su participación en Al Barakat, una organización de abasto mundial para, entre otras cosas, enviar dinero a Somalia. Al Barakat era vista como una rama de la red de Al Qaeda. Para aumentar la presión sobre Washington me puse en contacto con *The New York Times*, que al principio no pensó que fuera una «historia» suficientemente importante o nueva. Pero cuando señalé que uno de los tres acusados estaba en la lista del Partido Socialdemócrata para las elecciones al Parlamento en otoño y que ninguno de los tres había podido comprar regalos de Navidad para su familia por culpa de la lista de Washington, desperté su interés y publicaron un extenso artículo en enero de 2002 bajo el largo título de: «Una nación desafiada: las sanciones y sus repercusiones. Los suecos se ocupan del caso de los tres incluidos en la lista de terroristas de EE UU.»⁸

El periódico escribió entre otras cosas:

Al principio de la semana el embajador de Suecia en las NN UU, Pierre Schori, pidió formalmente al comité que revisara la lista que Washington había elaborado. «Estas personas son enormemente respetadas en Suecia», dijo el Sr. Schori. «No tienen antecedentes penales y han sido puestos en la lista negra sin ninguna prueba.»

La semilla del mal y las raíces del terrorismo

En los debates a menudo escuchamos que la pobreza en sí misma no conduce al terrorismo. Pero los fanáticos y fundamentalistas pueden manipular las injusticias y miserias vividas. Deberíamos, por tanto, ser igual de duros contra las raíces del terrorismo como contra los mismos terroristas. Tony Blair resumió la problemática

8. «A nation challenged: sanctions and fallout; Swedes Take Up the Cause of 3 on U.S. Terror List by Serge Schmemmann.»





de forma muy clara en su discurso en Londres el 13 de noviembre de 2001:

Una ilusión se rompió el 11 de septiembre: la de que podíamos seguir viviendo nuestra buena vida al margen de la manera en que el resto del mundo viviese... La semilla del mal se ha plantado en tierra fértil que se nutre de agravios, conflictos insolubles, estados fracasados, pobreza y privaciones.

La actuación y solidaridad del entorno (o la falta de ellas) tienen una conexión cercana con la lucha contra el terrorismo. Pero la solidaridad del mundo está fallando. Cuando Kofi Annan presentó su llamamiento humanitario anual para el año 2004, correspondía un presupuesto de 3.000 millones de dólares para salvar la vida de 45 millones de personas afectadas por las 21 peores crisis planetarias. Los países ricos de las NN UU respondieron juntos al llamamiento de socorro con un 66% de lo pedido. El reparto de los recursos significó una desilusión atroz. La partida de 2.000 millones de dólares para Iraq, un país donde nadie pasa hambre ni tiene el sida, se cubrió en casi el 90%. La partida de 230 millones de dólares para la República Democrática del Congo, un país donde 3,3 millones de personas han muerto en los últimos cinco años a causa de esas pandemias, se cubrió sólo en un 36%.

El anterior presidente del Banco Mundial, Jim Wolfensohn, señalaba este grotesco reparto desigual de nuestros recursos así: el mundo invierte más de 900.000 millones de dólares para asuntos militares, 300.000 millones para apoyar a los campesinos más ricos del mundo y unos 56.000 millones de ayuda al desarrollo. Al mismo tiempo la UNICEF lanza una alarma acerca del comercio de niños-esclavos que se ha convertido en un gran mercado global. 1,2 millones de niñas y niños son vendidos cada año por un precio que alcanza los 10.000 millones de dólares. Otras cifras muestran que 12 millones de personas mueren al año por el sida, la tuberculosis y la malaria, y que el 95% de todos los infectados por el virus VIH están en el Tercer Mundo.

Pero a pesar de la tacañería y la falta de solidaridad, las NN UU pudieron presentar resultados incluso con sus escasos recursos. Todos los programas humanitarios y de desarrollo de las NN UU son de por





sí esfuerzos para prevenir conflictos. Las NN UU ayudaron a terminar con el *apartheid* en Sudáfrica, apoyaron a Camboya a liberarse de la violencia de los jemeres rojos, frenaron el terror en Haití, Liberia y en los conflictos internos en Guatemala, Nicaragua y Mozambique. La intervención de las NN UU fue decisiva para detener las matanzas masivas en Timor Oriental y favorecer la independencia de esta nación. Sierra Leona es un buen ejemplo de una feliz intervención para alcanzar la paz. El país, que era un infierno con decenas de miles de niños soldados, restableció, con un gran contingente de las NN UU, el orden suficiente para que pudieran celebrarse las elecciones libres en mayo de 2004.

El triple choque

Terminé mi informe para el Departamento de Asuntos Exteriores con una consideración sobre el futuro de las NN UU —y del mundo— a la sombra del triple choque que consideraba, y considero, está afectando a la organización mundial después de que George W. Bush tomara posesión del poder y acaecieran los ataques terroristas en los EE UU.

Señora ministra,

Quisiera resumir mi punto de vista sobre el futuro de las NN UU así:

Primero. Gran parte de este comunicado trata sobre los EE UU porque mucho en las NN UU depende de los EE UU. El mundo necesita unos EE UU que estén política y económicamente comprometidos en la política mundial y con sus organizaciones principales. No conseguiremos estabilidad en el mundo —ni en las NN UU— sin los EE UU. Pero los mismos EE UU no podrán conseguir la estabilidad sin el mundo. Y si se tiene la pretensión de dirigir el mundo, entonces primero hay que conectarse a él. El anterior presidente Bush (el padre) inmediatamente después del 11 de septiembre dio su respuesta: «Al igual que Pearl Harbor hizo entender a este país que no podía eludir su obligación de defender la libertad de Europa y Asia durante la guerra mundial, deberían estos últimos ataques inesperados borrar la idea en algunos círculos de que América puede, de alguna forma, tomar





su propio camino en la lucha contra el terrorismo o en cualquier otro contexto en general» (*The Economist*, 23/3/02).

Es importante para la Administración Bush y para los americanos en general ver que esta crítica contra la nueva política exterior no está dirigida a América como país. Si fuera antiamericanismo criticar a la Administración Bush, entonces no encontraríamos antiamericanos más enojados que los propios americanos.

Pero hoy hay «otros EE UU», que están contra la guerra de Iraq, que desapruaban los argumentos del presidente y que están con las NNUU. Personalmente, que durante varias décadas he seguido la política exterior e interior americana, lo que viene a ser «antiamericana» es la orientación política de la Administración Bush, especialmente esta doctrina política de seguridad, esta indiferencia ante los convenios basados en el derecho internacional y esta casi mesiánica convicción de que lo que cuenta es sólo su propia imagen del mundo y que lo que debe regir es su propia escala de valores.

Segundo. El 11 de septiembre no cambió el mundo pero sí a EE UU. Desde fuera tenemos la tendencia a infravalorar el sentimiento de odio que hay en este país. De la misma manera que los EE UU tienen la tendencia a sobrevalorar las preocupaciones y necesidades de otros países. Uno de los principales retos de las NNUU es una equilibrada y legítima lucha contra el terrorismo que tenga en cuenta los derechos humanos de los individuos y su derecho a la seguridad y, al mismo tiempo, para prevenir los conflictos, debe tomar en consideración los motivos de fondo y la lucha contra la pobreza.

Pero también el mundo necesita cambios. Y en la época de la globalización no hay alternativa a las Naciones Unidas. Sólo las NNUU con una legitimidad universal pueden dar una salida sólida a los desafíos y mandatos globales. Necesitamos también leyes y orden en la política mundial. Los derechos humanos son los fundamentos comunes para todas las decisiones y representan lazos internacionales para ayudar a los hombres necesitados, para alcanzar soluciones justas después de un conflicto, por la legitimidad en la resolución de las crisis.





La anterior embajadora de las NN UU y ministra de Asuntos Exteriores de EE UU, Madeleine Albright, dio su propia respuesta a la pregunta sobre la relevancia de las NN UU:

«¿Por qué la Administración Bush se dirigía a las NN UU para conseguir apoyo después de la guerra de Iraq?» Y respondía así: «Porque las Naciones Unidas por 1.250 millones de dólares —más o menos lo que el Pentágono gasta cada 32 horas— son la mejor inversión en el mundo para frenar el sida y el SARS, socorrer a los pobres y ayudar a los refugiados, para combatir a los cárteles criminales e impedir la divulgación de las armas atómicas.» Y añadía que, a pesar de su pequeño presupuesto, las NN UU tenían únicamente 2.000 personas empleadas más en todo el globo, que las empleadas por la Administración en la ciudad de Estocolmo.

Tercero. El camino que escojan finalmente las NN UU dependerá en gran parte de cómo la única superpotencia existente utilice su poder. El triple choque que ha afectado a las NN UU: el cambio en la política exterior de la Administración Bush, los ataques terroristas contra EE UU y la guerra de Iraq también nos plantean interrogantes sobre cómo mantendremos nuestra relación con un Washington imprevisible.

Para nosotros los europeos, el diálogo transatlántico es esencial, por supuesto, y especialmente en tiempos de malentendidos y contradicciones reales. Pero mientras tanto, mirando hacia atrás, hay que preguntarse si la nueva política de la Administración Bush no ha debilitado más que fortalecido esta llamada alianza transatlántica.

La experiencia en los últimos años nos ha enseñado que, en situaciones de desacuerdo, una administración consciente de sus objetivos lo tiene más fácil que una unión de 15, ahora 25, para realizar su voluntad y sus propósitos. No sería por tanto extraño en el caso de Iraq y en algunas cuestiones sobre Israel y el derecho internacional, el preguntarse si en general es posible crear una política exterior y de seguridad común en la UE. Mi pronóstico es que a la larga van a ganar las fuerzas centrífugas que han contribuido con tanta fuerza a la ampliación y la agenda común europea.





Pero también hay ejemplos importantes de cómo, a pesar de las fuertes presiones de Washington, un grupo de países han conseguido oponerse a la gran superpotencia. El ejemplo más importante es naturalmente la oposición, en la primavera de 2004, al segundo anteproyecto de resolución de americanos e ingleses sobre Iraq. También hay que nombrar los grandes esfuerzos realizados durante el verano de 2004 contra los intentos de EE UU de alargar su situación de excepcionalidad en el Tribunal Penal Internacional. Aquí se demostró cómo una resistencia sólida y de principios firmes obligaba a Washington a retirar su resolución, a pesar de las fuertes medidas de presión que el gobierno americano también ejerció. Inútil resultó, también, la fuerte oposición de EE UU a dejar que el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya pudiera pronunciarse sobre las barreras de seguridad israelíes.

Terminé mi informe con algunas palabras sobre el compromiso sueco con las NN UU:

Que las NN UU es una piedra angular de la política exterior sueca se pone de relieve desde la vista panorámica a través de la ventana de mi despacho en Manhattan. Delante está la Avenida Dag Hammarskjöld, que a su vez termina con el monumento a Raoul Wallenberg.⁹ También en la entrada del edificio de las NN UU hay una placa en memoria de las obras de Bernadotte,¹⁰ por delante de la cual pasan la mayoría de diplomáticos. Que

9. Diplomático sueco que intervino en la Segunda Guerra Mundial ayudando a muchos judíos en Hungría, acusado de espía y que desapareció en una cárcel soviética en los años sesenta.

10. Folke Bernadotte (Estocolmo, 1895 - Jerusalén, 1948) fue un noble sueco, militar, diplomático y dirigente de la Cruz Roja Sueca. Es recordado por la participación en rescates de prisioneros de guerra en campos de concentración de la Alemania nazi durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, y por la actuación que realizó como mediador de la Organización de las Naciones Unidas en la guerra árabe-israelí de 1948. Fue asesinado a tiros el 17 de septiembre de 1948 por el grupo armado judío Lehi. El asesinato fue condenado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Posteriormente se sabría que el atentado fue planeado por Yehoshua Setler, miembro del grupo terrorista Lehi y su operador en jefe en Jerusalén, y contó con la aprobación de los tres principales líderes de la organización, Isaac Shamir, Natan Yellin-Mor y Yisrael Eldad.





Suecia pueda disfrutar de una agradable vista en las NN UU es debido a que Olof Palme fue un impulsor y asiduo invitado en la Asamblea General, donde dejó memorables discursos. El trabajo de Ingvar Carlsson¹¹ y su informe a Kofi Annan en 1999 sobre la matanza en Ruanda, en la Comisión de «Gobernanza Global», es aún ahora muy actual en la discusión. No menos presente sigue estando hoy Anna Lindh,¹² no sólo por su compromiso y sus importantes aportaciones para llevar a cabo una política práctica de prevención de conflictos tanto en el trabajo de la UE como en las NN UU, sino también por haber contribuido a la creación de la Comisión Blix sobre las armas de destrucción masiva. También sus claras y repetidas posturas a favor de los derechos humanos del atormentado pueblo palestino, al igual que los asuntos de África, son recordados a menudo. Nombres como Hans Blix¹³ y Hans Corell¹⁴ han aumentado aún más el prestigio de Suecia entre los estados miembros.

Sin embargo, nuestro decidido apoyo político, administrativo y económico a las NN UU podría tener mejor resultado. Países como Noruega, Holanda, Canadá e incluso Finlandia juegan ahora un papel decisivo en la actividad de las NN UU en Nueva York. Gracias a tener un generoso y flexible presupuesto, nuestros colegas pueden organizar prestigiosos seminarios y ser protagonistas de interesantes debates. Visiblemente favorecidos además por las frecuentes visitas de sus distintos consejos de estado a las NN UU. Fiel a su tradición como leal y generosa amiga de las NN UU, Suecia debe poder implicarse en un desarrollo político extra, en estos tiempos en los que la organización se encuentra ante la mayor prueba nunca antes planteada.

Señora ministra,

Si queremos, todo está en nuestras manos.

11. Dirigente de la socialdemocracia sueca y sucesor de Olof Palme 1986-1990 y 1994-1996.

12. Dirigente socialdemócrata y ministra de Asunto Exteriores de Suecia desde 1998 hasta su muerte el 11 de septiembre de 2003, apuñalada en unos céntricos almacenes de Estocolmo.

13. Jefe de la comisión de las NN UU encargada de vigilar el desarme en Iraq.

14. Asesor jurídico de las NN UU.

